

SEXUACIÓN: LA NO IDENTIDAD DEL SEXO (Much Ado about Nothing)

Enric Berenguer¹
Escuela Lacaniana de Psicoanálisis

Prácticamente ningún significante amo en nuestra época ha resistido la conmoción de aquello de lo que el “destruccionismo”, creyéndose agente, fue un síntoma más, uno cualquiera. “Hombre” y “Mujer” no han corrido una suerte distinta, ni “Padre” o “Madre”, o “Familia”. Tampoco, en el orden de lo que se llama la política, “proletario”, “libertad” o “lucha”. Hace años ya, dentro del curso de Jacques-Alain Miller, “La orientación lacaniana”, el propio Miller y Éric Laurent describieron la lógica de esta conmoción, y así, hablaron de la época del “Otro que no existe y sus comités de ética”². No hace mucho, Graciela Brodsky (2002) nos recordaba que uno de esos comités -en este caso un comité ético-deportivo, por llamarlo de alguna manera- tuvo que ocuparse en su día de decidir sobre el sexo de una mujer que, por su parte, ya había decidido que lo era.

Como Miller y Laurent nos mostraron, esta lógica del desmontaje del mundo hasta ahora conocido es una lógica no exenta de paradojas. Por un lado, algunos significantes ideales que en otro tiempo estuvieron dotados de una función reguladora se ven debilitados; pero, por otro lado, ello no supone una simple desaparición de las identificaciones por ellos soportadas, sino más bien su multiplicación bajo una forma fragmentada y débil que, para complicarlo más todavía, conduce a la búsqueda, para sostenerlas, de algún núcleo de goce sin el cual su subsistencia misma estaría amenazada. Esto es lo que dio lugar a todo un discurso sobre las identidades y los “estilos de vida”, que en su día tuvo el acento del descubrimiento y de la reivindicación, para pasar en la actualidad a formar parte de las cosas que constituyen nuestra cotidianidad y en las que nadie repara... salvo, quizás, los expertos de algunas multinacionales, encargados de estudiar la forma de vendernos más eficazmente determinados productos “cool”³. En lo que más se ha ganado, no cabe duda, es en el afecto del aburrimiento, en tanto que está vinculado con la presencia de lo mismo, aunque sea disfrazado de lo múltiple, y con la falta de lo Otro, me remito en este sentido a la referencia de Jacques-Alain Miller a los afectos (1986).

Fue en este contexto que, a lo largo de las décadas de los 80 y de los 90, se desarrolló un amplio movimiento (como mínimo corrió mucha tinta) en el que la cuestión de las identidades constituía un verdadero furor, y se encontraba en el corazón de toda una serie de reivindicaciones relacionadas con alguna clase de reconocimiento, respeto o restitución. Desestabilizada la tensión estructural entre el significante ideal y el resto de

¹ Este texto fue presentado en el *XXII Encuentro Internacional del Campo Freudiano*, que se celebró en París los días 20 y 21 de julio de 2002, “La clínica de la sexuación. Imposible y determinación”. El consejo editorial de *Lectora* agradece a su autor el permiso de reproducción.

² Éric Laurent y Jacques-Alain Miller, “L’Autre qui n’existe pas et ses comités d’éthique”, curso inédito.

³ Pountain & Robins (2000).

goce que por un lado causa el discurso y por otro lado es su producto, se promueve su forzada equivalencia, que es precisamente lo que funciona como una "identidad": esto es, un significante amo (por muy alternativo que pretenda ser) soldado a una modalidad especificada de goce. Decimos especificada, que no específica, porque nadie debe de llamarse a engaño: esta relación entre un significante amo y una modalidad de goce no es aquella, particular, que se deduce del recorrido de un análisis y que vale para un solo sujeto en su única e irreplicable aventura. En la política de las identidades se trata, al fin y al cabo, de la constitución de grupos que, inevitablemente, hacen desaparecer dicha particularidad, sometiéndola a un nuevo ideal, aunque éste evite presentarse como tal y reclame su carta de naturaleza. Pero sabemos que pocas cosas hay menos peligrosas que un ideal que no se reconozca como tal, tanto más si es un ideal que incluye un empuje a gozar.

A lo largo de estos años, que son bastantes ya si echamos una mirada atrás, se acaba produciendo una extraña coincidencia, quizás podríamos decir una extraña pareja (si habláramos inglés, podríamos decir *an odd couple*) entre la ya vieja noción de género y una noción aparentemente opuesta a ella, la de una serie de sexos o formas de gozar relacionados con una multiplicidad de determinaciones genéticas, como Graciela Brodsky, en la intervención que antes he mencionado, ponía de relieve. Hemos pasado, pues, insensiblemente, de la idea de género como construcción social (sinónimo de los "dos sexos tradicionales") a la de una diversidad sexuada basada en una realidad genética que supuestamente no admite discusión, sino sólo examen, test, prueba.

Es cierto que referirse a una realidad genética que justifique la realidad sexuada puede aliviar a algunos *parlêtres* de una conversación para la que no se sienten preparados, y quizás, ciertamente, no lo estén en absoluto. Pero, ¡qué ingenuidad es denunciar los semblantes como tales, en nombre de un real molecular! ¿Había que esperar a los avances de la ciencia genética para decir algo que la *Commedia dell'Arte* había dicho hace ya mucho tiempo, pero con una modalidad de enunciación mucho más adecuada, la del Witz? ¿Hay acaso algo mejor que el chiste, en su relación con el inconsciente, para decir la cómica verdad del *gender* y las penurias del *sex*?

En suma, una cosa es el semblante, otra la mentira. Así, decir que el semblante es mentira es, a su vez, mentira. La complejidad de la naturaleza de los semblantes: tal es una aportación fundamental de Lacan, con una aplicación muy clara al campo de la cultura, que Jacques-Alain Miller ha puesto de relieve en su curso "La orientación lacaniana" publicado en 2002 con el título *De la naturaleza de los semblantes*. Volviendo, pues, al Witz y a la comedia, vemos que son formas de tratar los semblantes, con particular énfasis en los referidos al sexo y el amor.

Pero se diría que nuestro mundo, entre otras cosas, pierde su sentido del humor o, peor aún, la alegría de un bien decir, y hay muchos que prefieren aspirar a encontrar la cifra de su destino sexuado en la letra delirante del genoma. Así, tristemente, pero también irónicamente, como diría un anglosajón, los mismos que se quejaron amargamente del psicoanálisis como supuesto perpetuador del orden llamado "falocéntrico" (horrible palabra, hay que decirlo) están dispuestos ahora a recoger con una alegría bien idiota su carné de identidad genético en el mostrador de la policía científica, o de la ciencia policíaca, documento que les daría todos los derechos que, según dicen, se derivarían de la pertenencia a una especie de raza sexual.

¿Cómo se ha pasado de un estado de opinión a otro? ¿Cómo se ha pasado de la alegría infantil de derribar los semblantes sexuales de siempre a la estupidez de identificarse con una raza sexual más moderna? Lo que ocurre es que no hay una verdadera oposición entre lo que en su día se centraba en la denuncia de la facticidad (autoritariamente impuesta) del género y el "feliz redescubrimiento" de lo real del sexo

biológico que, según dicen, desmiente la autenticidad de los antiguos sexos "falocéntricos". Que quienes reivindican posiciones aparentemente inconciliables sean muchas veces los mismos, nos demuestra que no hay una verdadera incompatibilidad entre ellas, sino que se trata de dos aspectos de lo mismo, aunque, eso sí, modulados por el devenir del tiempo y por los acontecimientos científicos que entretanto se han producido y que, como no podía dejar de ocurrir, han tenido sus efectos de sentido, dejando su marca en el delirio universal sobre la relación entre los sexos. Tampoco hay que dejar de lado como factor causal el cansancio, el agotamiento de las posibilidades de un discurso, sobre todo cuando ya ha producido todo lo que podía producir como realidad social, que, sin ser nada, no es tanto.

Ya en "*L'Autre qui n'existe pas et ses comités d'éthique*", Miller y Laurent planteaban que la desorientación respecto a los significantes ideales debía pensarse en correspondencia con una falta de orientación respecto a lo real, un estar, si se nos permite la expresión, "*en peine de réel*".⁴ Ellos se referían a la necesidad de la categoría psicoanalítica de real como orientadora y a los efectos de su ausencia. Pero está claro que lo real no se volatiliza así como así, al menos su falta se hace sentir de cierta manera y genera alguna búsqueda, por extraviada que sea. Así, si en un momento determinado de la historia el efecto de la ciencia y el discurso capitalista, conjugados, apoyan el ataque contra los semblantes, al momento siguiente se reinstaurará una nueva versión de lo real, sea cual sea, para cubrir el vacío que supone el vertiginoso horizonte de "todo es semblante". Nosotros, como psicoanalistas, no aceptamos este falso real que se propone a sí mismo como tal. Decimos que es un falso real, no porque discutamos la validez científica de determinados descubrimientos, sino en la medida que su interpretación y su uso en el discurso van más allá del dominio delimitado donde dichos descubrimientos se producen.

No es nuestra intención discutir con los investigadores del genoma. Pero no podemos permanecer mudos ante las formas contemporáneas de eugenesia. Algunos que se horrorizan ante la apología hitleriana de la "raza aria" y su proyecto de producirla no retrocederán ante la promoción de tantas razas de goce como estilos de vida se pueda imaginar: razas de sordomudos, de homosexuales, de lesbianas... La referencia concreta a los sordomudos se debe a casos que han dado lugar a debates recientes en la prensa.

Por otra parte, observamos ya otro cambio de acento, el centro de gravedad del debate se desplaza. Una vez que el discurso sobre las identidades sexuales tiende a considerarse saldado por los avances de la ciencia, pasando del acento puesto en el "*gender*" al acento puesto en el "sexo genético", cobra mayor fuerza otro debate, que hasta cierto punto es consecuencia del primero. Porque una vez demostrada la facticidad de los géneros sexuales tradicionales y la realidad de los sexos científicos, lo que ahora está en tela de juicio es la facticidad del parentesco, cosa lógica, dado el vínculo estructural entre ambos dominios del discurso.⁵ La pasión destructora, o el ataque a los semblantes, por usar una expresión de Jacques-Alain Miller en una de sus conferencias sobre el *Partnersíntoma* (1998), toma ahora este rumbo. Podemos comprobarlo viendo el curso a lo largo del tiempo de algunas publicaciones significativas: en 1993, Judith Butler publicaba su libro *Bodies that Matter*, en una interesante discusión acerca de la noción de lo real con quien ella toma como representante representativo del psicoanálisis lacaniano (Zizek)⁶, para

⁴ Esta bella expresión francesa alude a un sentimiento penoso de falta.

⁵ Una pregunta obvia es si la ciencia podrá suspender este vínculo de una forma socialmente significativa en un futuro no muy lejano.

⁶ Slavoj Zizek es un autor muy conocido en el ámbito anglosajón y que cuenta ya con algunas traducciones al español. Su producción se inscribe en el ámbito de los *Cultural Studies*, y se

sostener la “performatividad”⁷ de la producción de los sexos más allá de las obvias debilidades de la versión deconstructivista del gender; pero esta misma autora publica en el año 2000 *Antigone's Claim*, para extender su misma idea de performatividad al dominio del parentesco. Podemos considerar que este desplazamiento es en sí mismo significativo. Permítanme citar un párrafo de este libro:

Consider that in the situation of blended families, a child says “mother” and might expect more than one individual to respond to the call. Or that, in the case of adoption, a child might say “father” and might mean both the absent phantasma she never knew as well as the one who assumes that place in the living memory. The child might do it at once, or sequentially, or in ways that are not always clearly disarticulated from one another. Or when a young girl comes to be fond of her stepbrother, what dilemma of kinship is she in? For a woman who is a single mother and has her child without a man, is the father still there, a spectral “position” or “place” that remains unfilled, or is there no such place or “position”?... And where there are two men or two women who parent, are we to assume that a primary division of gendered roles organises their psychic places within the scene, so that the empirical contingency of two same-gendered parents is nevertheless straightened out by the presocial psychic place of the Mother and Father... that every psyche must accept regardless of the social form that kinship takes?

El psicoanálisis no puede permanecer mudo ante estas preguntas, aunque algunas de ellas puedan parecer de fácil respuesta, casi obvias. Pero nada debería parecer obvio si queremos intervenir en la conversación que en la actualidad está en juego. Por eso las leo aquí hoy, para que nos tomemos en serio el trabajo de responder a ellas.

Así, vemos que existe una estrecha relación entre el tema del “gender” y el tema del parentesco. El psicoanálisis lacaniano nos permite ver que el nexo entre ambas temáticas no es otro que el de la inexistencia de la relación sexual, que desemboca en una indefinida forma de suplencias (siempre sintomáticas, por supuesto) de dicha inexistencia de relación. Al fin y al cabo, el parentesco ha sido durante siglos, entre otras cosas, una forma de regular y de estabilizar, mediante la producción de ciertas ficciones (en el sentido benthamiano promovido por Lacan)⁸, los efectos de la inexistencia de relación sexual y sus consecuencias desestabilizadoras y angustiantes en lo social.

No es de extrañar, pues, que la desconstrucción de los sexos como “genders” lleve a la desconstrucción del parentesco como ficción. Todo se arreglaría si, como ironiza Lacan⁹, la relación sexual pudiera anclarse en el único plano en el que tiene alguna existencia “efectiva”, esto es, entre el espermatozoide y el óvulo. A partir de ese núcleo se podrían deducir entonces, por un lado, los dos sexos; por otro lado, el sistema de parentesco.

caracteriza por una peculiar síntesis entre el pensamiento de Lacan y una larga serie de referencias, entre las cuales las más fundamentales son Hegel y Marx. No es éste el lugar para valorar su producción. En todo caso, se trata de una lectura muy particular de Lacan, seguramente poco compatible con la lógica del No-Todo.

⁷ El concepto de *performatividad* es una tentativa de superar la débil y vaga noción deconstructivista usual sobre la causación discursiva del género. Así, Butler (1993), con la intención de tener en cuenta el concepto de lo real, se refiere a la *causación del sexo*, no a la *determinación del género*. De ahí el acento que pone en el cuerpo.

⁸ De por sí, las referencias de Lacan al concepto de ficción de Bentham a lo largo de su Seminario podrían constituir el hilo de una investigación.

⁹ Véase a este respecto el Seminario XVII, *El reverso del psicoanálisis*.

En este punto, para tener una mayor perspectiva sobre el tema que nos ocupa, conviene remitirse a la historia. Nos cuesta -hasta tal punto estamos inmersos en su horizonte- darnos cuenta del peso de la contribución del cristianismo a la producción de una ficción naturalista, la de la familia biológica, del todo ajena al pensamiento antiguo. En efecto, la antigüedad trataba el parentesco mucho más como una ficción necesaria que como una coincidencia entre la naturaleza y Dios.

Así, la primera desconstrucción, *avant la lettre*, fue la de la familia romana, por obra y gracia del genio del cristianismo, y ello en nombre de un parentesco delirante que hace a todos los cristianos hermanos entre sí e hijos, cada uno de ellos, de un único verdadero padre que está en los cielos. También el cristianismo denunció el parentesco romano como un semblante: en alguna epístola podemos leer la llamada a odiar al padre y a la madre, como falsos, porque el verdadero padre está en los cielos y los verdaderos hermanos son los hermanos en la fe.

Una vez más, desconstruir una ficción necesita (o cuesta) un delirio. La ciencia, por su parte, ya ha servido más de una vez para esta tarea. En todo caso, como Lacan nos enseña, los semblantes, no por ser semblantes, son menos importantes. Podemos resumirlo con el célebre aforismo lacaniano: “*Pour pouvoir s'en passer il faut savoir s'en servir*”¹⁰.

Por otra parte, en lo que se refiere a la modernidad, no cabe duda de que el psicoanálisis ha sido un paso fundamental en la crítica de los semblantes del sexo y los del parentesco, al mismo tiempo mostrando su estructura y hasta cierto punto denunciando su facticidad. Esto, que se puede ver ya en Freud, es obvio en Lacan. Resulta tristemente cómico que alguien haya querido ver en la doctrina lacaniana una defensa a ultranza de papá y mamá, cuando dudo que alguien antes que él haya vinculado tan estrechamente la posición del padre con la impostura. Pero esto no es lo mismo que denunciar airadamente la impostura sin tener en cuenta su carácter estructural -y sin saber, también, que sólo puede haber frente a este problema una solución sintomática.

En todo caso, el psicoanálisis, ni se queda satisfecho con la mostración de la facticidad del sexo o del parentesco, ni necesita luego cubrir esa brecha con un real supuesto tomado en préstamo al discurso de la ciencia, ni crear más mitos (con Tótem y tabú, el mito freudiano, tal como Lacan lo lee, podemos cerrar nuestra cuenta). Por eso no nos hace falta, ni la noción de *gender*, ni la definición de razas sexuales, ni nuevos modelos para el parentesco (Antígona contra Edipo, como en el caso del libro de Judith Butler mencionado más arriba).

El de los semblantes es, ciertamente, un asunto complejo y delicado, y su relación con lo real otro tanto. Pero el psicoanálisis no ha dejado de ocuparse de ello.

Al contrario de lo que está implícito en la noción de *gender*, desde Freud el sexo es un significante que nombra una división. Esta división encuentra diversas modalidades de articulación que, a su vez, ponen en juego los tres registros, real, imaginario y simbólico, de diferentes formas. Decir *gender*, paradójicamente, significaría que existe una identidad sexual (da igual si es verdadera o falsa). Denunciar una identidad como falsa supone que **habría alguna más verdadera**. Y lo que vemos en la clínica, nuestro laboratorio, es otra cosa muy distinta: la presencia constante de una no-identidad que es, por su parte, muy real, y que adopta formas sintomáticas a todos los niveles, como algo imposible de suturar.

Si tratáramos de describir los resultados de nuestra observación en el dominio clínico que nos es propio, en verdad no podríamos agruparlos bajo el título de una clínica de la identidad sexual. Convendría mucho más agruparlos bajo el de clínica de la no-

¹⁰ Es un hecho notable que esta noción, referida en primer lugar al padre, se encuentra ya claramente establecida en el Seminario V, *Las formaciones del inconsciente*.

identidad. Daré una rápida muestra de los planos diversos en los que se sitúa esta no identidad, para mostrar como todo ello reclama la introducción, por parte de Lacan, del término sexuación:

En primer lugar, el sujeto del inconsciente, como tal, no tiene sexo, como no lo tiene ningún significante que represente a un sujeto para otro significante (para sostener la "igualdad" no necesitamos siquiera recurrir al término de "persona").

En segundo lugar, todo indica que la situación del sujeto respecto a la realidad sexual es un proceso dotado de una temporalidad compleja, estrechamente relacionada con el tiempo lógico, que sólo imaginariamente da la impresión de coincidir con el desarrollo. Se trata de un proceso de elección, o mejor dicho, de adopción, por usar un término al que Lacan recurre: "la adopción por parte del sujeto del tipo ideal de su sexo". Dicho sea de paso, este término apunta felizmente al entrecruzamiento entre sexo y parentesco.

Por otra parte, se constata que esta "adopción del tipo ideal de su sexo" se produce de una forma que implica necesariamente la referencia a Otro sexo, también al sexo de otro.

En otro orden de cosas, a medida que avanzamos en la descripción detallada del papel que juega el Otro sexo, nos percatamos de que la posición del sujeto hombre y el sujeto mujer respecto de esta función no es simétrica, pues gran parte de lo que para ella está en juego en el proceso de sexuación consiste en "hacerse otra" ella misma para el partener y, de paso, para sí.

Además, la referencia al "tipo ideal de su sexo" implica, por supuesto, que las identificaciones están en juego, pero si el sujeto del inconsciente no tiene sexo, el carácter sexuado de las identificaciones que lo constituyen sería problemático. En todo caso, se comprueba que, si bien la sexuación pone en juego necesariamente las identificaciones, hay algo en la sexuación que no se puede reducir a la identificación ni puede ser reducido por ella. Así, la sexuación no sólo "se resiste" a la identidad, sino también a la identificación. Podemos entender esto un poco más poniendo en juego la categoría de lo real del goce, que resiste por estructura a quedar subsumido bajo ninguna identificación, sea ésta imaginaria o simbólica.

Finalmente, el hecho de que el sujeto nunca está concernido únicamente por la elección de "su sexo", sino también, como mínimo, por el sexo de otro, queda demostrado por el empeño que pone en la elección de su partener sexual y, correlativamente, por las dificultades para hacer creíble para él mismo su opción sexuada sin el apoyo (usemos esta palabra con toda su ambigüedad) de algún partener. Por decirlo simplemente: si de verdad hubiera algo así como una identidad sexual, ¿estaríamos tan preocupados por el partener? ¿No se ve, en el acento agudo que tiene la cuestión del partener en la vida del sujeto, la insuficiencia de cualquier elaboración del problema del sexo en términos, no ya sólo de identidad, sino incluso de identificación? Si uno fuera de verdad un hombre, ¿para qué necesitaría una mujer? Si fuera de verdad una mujer, ¿por qué se fijaría tanto en las otras en busca de la Otra?

De ahí que Lacan nos proporcione la mejor solución que hasta ahora conocemos del problema, cuando, en su seminario *Encore*, nos da la tabla de la sexuación, centrada en las alternativas que se le ofrecen al sujeto hablante en su relación con la función fálica. Nótese que el significante que está en juego en dicha función es un significante especial, significante del goce, lo cual implica ya una referencia a lo real que supone que la función no se puede resolver en términos de identificación. Más bien, la identificación con la posición hombre se produce a través de un rasgo negativo: lo que todos los hombres tienen en común es su diferencia respecto de la función imposible -y como tal inscrita como excepción, como límite- que encarnaría el padre de Tótem y tabú, aquel que a la vez sería el "verdadero padre" (alguien que nunca fue hijo) y el "verdadero hombre". En este punto

vemos como, en algún lugar del universo de discurso, la cuestión de la sexuación y la del parentesco tienen que converger de alguna forma. Por otra parte, la ubicación de un ser hablante a ese lado de la tabla no lo exime de estar concernido por una opción otra, excéntrica con respecto al falo, la posición femenina, que las más de las veces él explora a través del partener sexuado, pero que también constituye un horizonte de su propia experiencia (horizonte que recorre ya sea en su relación con el goce en su vida erótica, en sus síntomas, en su locura o en su actividad artística).

Este otro lado de la tabla, presidido por la fórmula de la inexistencia de un significante de la mujer, resume los conocidos avatares clínicos de la histeria en pos de la feminidad, pero también el carácter "sin límite" del amor femenino y, finalmente, toda una experiencia de la psicosis que demuestra que es la invención de algo en el lugar de este significante que no existe lo que, algunas veces, a falta de la función fálica, funciona como nudo estabilizador del significante con lo real. También queda inscrito en la tabla, mediante las flechas que cruzan de uno a otro campo, el hecho de que -como hemos indicado hace un momento- la función sintomática del partener demuestra que no hay solución plena en términos de identificación.

Quiero terminar planteando que en todo lo que se ha dicho sobre el *gender*, ya sea situando esta categoría como única, ya sea contraponiéndola a algo más real que sería el sexo, así como en la oposición de esta perspectiva a la que nos interesa en psicoanálisis, hay algo que me hace pensar en aquella expresión inglesa, título a una comedia de Shakespeare: "Much Ado about Nothing", que fue traducida al español recurriendo a la expresión popular "Mucho ruido y pocas nueces".

Déjeme jugar un momento con lo bueno y lo malo de esta traducción. La traducción española es, por un lado, mala, y por otro lado, buena. Es mala, porque no permite ver la profundidad de la ironía shakespeariana, en una obra en la que todo lo que está en juego es la gran mascarada de la relación entre los sexos, con su gran cortejo de seducción, o sea, nada. La genial versión cinematográfica de Kenneth Branagh ponía de relieve el hiperbólico agitarse incesantemente de los cuerpos sobre el fondo de ese rotundo significante del título: "Nothing". Y de eso se trata: de un gran esfuerzo en torno de la nada, esa nada a la vez tan tenue y tan sólida que llamamos castración en nuestro idioma psicoanalítico. Decimos tenue y sólida, porque no hay ninguna nada que no convoque una respuesta de lo real, de lo que resulta el síntoma.

En lo que a nosotros se refiere: la descripción fiel y respetuosa de todo ese "much ado about nothing" en la vida de un sujeto en particular, uno por uno, es lo que da lugar a una clínica, clínica que siempre pone en juego la sexuación como una decisión sobre el fondo de un imposible. En la lógica que nos concierne, el imposible reclama una conclusión no deductiva, y siempre la obtiene, por compleja que sea la temporalidad en la que ello se produce.

La traducción española es buena, por el contrario, para describir la impresión que nos producen todos los ríos de tinta que se han vertido para demostrar que los semblantes son semblantes, que la verdad, de haberla, estaría en otra parte: eso es, sin duda, mucho ruido y pocas nueces.

De lo que ahora se trata es de impedir que, después de hacer tanto ruido, se vayan silenciosamente a buscar sus nueces a lo real supuesto de la genética. Por nuestra parte, no tenemos nueces que ofrecer, sino huesos. Me refiero a la expresión de Jacques-Alain Miller, "el hueso de un análisis". Un hueso es duro de roer, pero al mismo tiempo es lo único a lo que uno o una puede de verdad agarrarse en su vida de mujer o de hombre.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BRODSKY, Graciela (2002), "Le choix du sexe", in VV.AA. *La Clinique de la sexuation: impossible et partis pris*. Document de travail préparatoire de la XII Rencontre internationale du Champ freudien, París.
- BUTLER, Judith (1993), *Bodies that matter*, Londres, Routledge.
- . (2000), *Antigone's Claim*, Nueva York, Columbia University Press.
- LACAN, Jacques, *Seminario XVII. El reverso del psicoanálisis*, Barcelona, Paidós.
- *Seminario V, Las formaciones del inconsciente*, Barcelona, Paidós.
- MILLER, Jacques-Alain (1986), "À propos des affects dans l'expérience analytique", in VV. AA., *Les affects et l'angoisse dans l'expérience psychanalytique*, Actes de l'École de la Cause freudienne, X, París.
- (1998), "Tres conferencias sobre el síntoma", in VV. AA., *El síntoma charlatán*, Paidós, colección "Campo Freudiano".
- (2002), *De la naturaleza de los semblantes*, Barcelona, Paidós.
- (1998), *El hueso de un análisis*, Buenos Aires, Tres Haches.
- POUNTAIN, Dick & David ROBINS (2000), *Cool Rules. Anatomy of an Attitude*, Reaktion Books.